

# AL MARGEN DE LA VIDA

## HISTORIA DE CARNAVAL.



ESTAMOS en pleno Carnaval. La ciudad de *Momo*, el dios de la sátira y de la risa, la ciudad de la *Locura*, la diosa del desenfreno y de la orgía, inundada se encuentra a todas las horas del día y de la noche de numerosos secuaces del dios pagano, que van a rendirle un tributo de simpatía y a quemar un grano de incienso en sus altares. ¡Cómo ha de ser!

Siempre fué el mundo un poco loco y antojárasenos más loco todavía, si al advenir los días de la diosa *Locura*, dejara de festejarla a su manera.

Hoy sin embargo, jóvenes y todo, ya no nos seduce y cautiva el Carnaval, como cuando en días más felices aguardábamos su fecha con infantil ilusión, para echarnos encima el pintoresco traje de máscaras, lanzarnos a la calle ávidos de emociones y conseguir engañar, fingiendo una voz mas chillona y atiplada, a cuantas personas amigas y conocidas encontrábamos a nuestro paso.

Es que entonces no sabíamos que la vida es un perpetuo Carnaval, en el que los hombres, pobres *Pierrot*, ríen con una mueca de dolor cruento, mariposeando en torno de las *Colombinas*, anhelo constante, eterna ilusión... y en el que no falta tampoco hasta la risa grotesca del clown.

¡Oh! el Carnaval!... Arlequín con su careta de tafetán y su misterioso dominó y su cetro de cascabeles... ¡qué exacta parodia del Carnaval de la vida!

No nos seduce ya el Carnaval, no; no puede seducirnos. El Carnaval de hoy ha producido en nosotros una desilusión y un dolor; y quizás por eso es por lo que alguna vez hemos recordado con nostalgia el Carnaval que nosotros conocimos y que hemos tenido ocasión de conocer en países extraños.

Porque ya no es el Carnaval de hogaño como el de antaño. Hoy ya no se ven aquellos concursos de belleza, aquellas famosas *Estudiantinas*, aquellas batallas de flores, poéticas manifestaciones del sentido estético del hombre y esencia del Carnaval de antaño. Había entonces algo de simpático y atractivo, algo de poesía, algún sentimiento noble y delicado en aquel esplendoroso desfile de bellezas, en aquellas luminosas apoteosis de las flores, gala y ornato de la pródiga naturaleza, en aquellas inspiradas tonadillas de las *Estudiantinas*, que venían a la ciudad y que al entonar las canciones de sus provincias, parecía que añoraban en sus notas melancólicas los amores de la tierra, del hogar que quedaba allá lejos... Nada de eso se ve ya en el Carnaval de hogaño y por eso produce en nosotros una desilusión.

En cambio ahora, con la cara descubierta y a plena luz se cometen crímenes y maldades, que antes no se cometían ni aun ocultando el pudor y la vergüenza bajo un pedazo de tafetán; y esto es lo que causa un dolor en nosotros. Ya no hay concursos de belleza, ni simpáticas *Estudiantinas*, ni graciosos disfraces, ni alegres mascaradas pero hay bailes de máscaras, muchos bailes de máscaras: pretextos convencionales para bailar con más descoco de lo que se baila, para rebajarse más y más al nivel de las bestias, sin que pueda por ello darnos en rostro la sociedad.

¡El baile de máscaras! ¡Quereis saber,—preguntaba hace tiempo un escritor nada aprensivo,—lo que es un bai-

le de máscaras?... Pues un baile de máscaras es mucho ruido, mucha confusión, gritos, chillidos, apreturas... Un hombre atrevido, beodo tal vez, pone la grosera mano sobre una dama, que es acaso madre de familia, o sobre una niña inocente; se oyen en medio del vocerío, palabras soeces, blasfemias. Allí se hace burla y chacota del marido respetable, de la madre anciana, de todos los dulces sentimientos; allí el desenfreno y la orgía aturden, enloquecen, y allí, en fin, corre gran peligro la inocencia".

Este cuadro del baile de máscaras, pintado hace unos años, podría hoy recargarse con matices muy sombríos. ¡Cuántas honras perdidas, cuántas inocencias ajadas, cuántos tesoros de pudor para siempre marchitos, cuántos lazos conyugales relajados, cuánta paz robada quizás para siempre a muchas almas, cuántas discusiones en la familia, cuántas fortunas y reputaciones para siempre hundidas, cuya causa la encontraríamos en una noche de baile de máscaras!

Pensando en estas cosas paseaba yo el otro día, ya al anochecer, frente por frente de la ciudad del Carnaval, pero lo suficientemente distanciado para que no llegasen hasta mí el alboroto y tragín de las gentes, cuando acerté a encontrarme con un antiguo amigo, al que hacía tiempo no había visto.

Cambiados un cariñoso saludo y un fuerte apretón de manos, le pregunté, volviéndome hacia la ciudad de *Momo*.

—¿Y qué me dices, qué te parece el Carnaval de este año?...

—Bien...

—¡Hombre, bien, bien!...—le interrumpí, adivinando algun oculto sentimiento en aquella contestación tan seca y rabiando ya por conocerlo.—Bien, bien... Eso no es decir nada: y luego lo dices con tan poco entusiasmo, con una cosa... Está magnífico, monumental:—dije recargando el acento de las palabras.

—Sí; no lo niego.

—Pues ¿entonces?...

—Es que no me llega mas adentro de los ojos; no me impresiona, no me entusiasma, no me gusta, ¿sabes?

—Yá, yá... ¿Y cómo así?... Porque no digamos que eres viejo y que...

—Nada: sencillamente que no me gusta. Oye: ¿te acuerdas de X.....? me dijo, cambiando de tono y entrando en el terreno de las confidencias, que hacía rato deseaba pisar yo.

—Sí; me acuerdo perfectamente ¿Te vas a...?

—Nó; no me interrumpas:—réplica, sonriendo dolorosamente.—Es un episodio tragi-cómico de mi vida.

Yá sabes cómo la quería yo, más que por hermosa y por rica, por buena y por honrada: creí haber encontrado en ella, y daba gracias a Dios por ello, el ideal perfecto de la mujer. Ella también me quería, o a lo menos así me lo decía y me lo juró mil veces. Yo, naturalmente, creía en la sinceridad de sus palabras.

—Sí; cuesta poco creer esas cosas.

—Pues bien: hace ahora un año, en que cierta tarde, según acostumbraba, la invité a dar un paseo, al que no accedió, porque se sentía molestada de un fuerte dolor de cabeza y necesitaba descanso. La creí también y desistí del paseo. Pero aquella tarde me tentó el diablo y acepté un billete para el baile de máscaras, que por la noche se daba en el Carnaval. Jamás había pisado yo el Audito-

rium: pero aquella noche, joven al fin, curioso por añadida, me decidí para ver qué era aquello. Y fui. Puedes creerme que sentía un gran remordimiento, pensando que engañaba a la que hasta cierto punto tenía derecho a exigirme cuentas de mi conducta.

—Realmente era una mala acción.

—Entré en el baile, y a pesar de la seguridad que tenía de que ella no estaría allí, te aseguro que estaba recluso, inquieto...

—¡La conciencia!...

—El ruido y la algazara de aquella reunión de locos me aturdían, me hacían mal. Andando, andando, fui a dar en un sitio destinado a comedor, y aburrido, lleno de pena por lo que había hecho, me senté junto a una mesa y pedí, sin saber lo que hacía, lo primero que me vino a la cabeza. Disponíame ya a comer, cuando ví entrar en el local...

—Aquí empieza el drama ¿eh?...

—Entró una máscara apoyada en el brazo de un conocido tenorio de la buena sociedad. Al pasar junto a mí la máscara, oí que decía: "Me sofoca la careta: me la voy a quitar". ¡Dios santo! reconocí la voz de ella: me volví... y la misma: mi prometida; la que tanto me quería.

Desesperado, loco, lleno de dolor, le recriminé con duras palabras su conducta: en el paroxismo de la desesperación creo que hasta la insulté. ¡Nunca hiciera tal! El antipático tenorio me dió de bofetadas, y al intentar yo contestar a la gresión, el público que se había aglomerado se rió y me silbó y al fin los dependientes de la autoridad me lanzaron a la calle como a un perturbador del orden. Cuando ya en la calle me ví hecho una caricatura de mí mismo, vencido villanamente por mi rival, mofa y escarnio de la plebe y engañado tan pérfidamente por la mujer en que cifraba mi honra y felicidad, juré no volver a pisar en mi vida un salón de baile de máscaras.

Dime ahora qué me puede parecer el Carnaval de este año.

Hemos callado ambos: cerca de nosotros han pasado, de vuelta del Carnaval, dos jóvenes, niñas aún, de rostro pálido y marchito como de flor de cementerio: había en él un gesto amargo de hastío y de tristeza.

Y al verlas pasar silenciosas y tristes, no he podido menos de pensar. ¡Oh! Carnaval... ¡qué bello qué hermoso a los ojos de la carne; pero qué feo y repugnante a los ojos del espíritu!...

EL PEREGRINO.

Felicísimo R. Feria Gabriel La O

**FERIA & LA O**  
**ABOGADOS**

China Bank Bldg., Juan Luna, Manila  
Tel. 1792.

**Dr. Miguel de la Concepcion**  
**DENTISTA**

25 T. Pinpin

Tel. 3532

**EL CALOR**

Yá se deja sentir con bastante intensidad. La época de calores, con su secuela de escasez de agua y asfixiante polvareda, va acercándose y, como todos los años, le hará pensar a usted en

**Las Vacaciones**

Un par de meses en la encantadora ciudad de las alturas

**BAGUIO**

es la mejor vacación para usted y su familia. Saludable, deliciosa y económica, si la pasa usted en el

**Vallejo's Hotel**

Con todas las ventajas de un Hotel y sin ninguno de sus inconvenientes. Sin etiquetas; comida abundante y exquisita, trato esmerado y atención individual. Habitaciones bien ventiladas. Inmejorable situación en un lugar elevado y céntrico. Precios especiales para huéspedes de larga temporada, y para familias.

Para más informes, precios y condiciones, SALVADOR VALLEJO, Manager,

**BAGUIO,**

**VALLEJO'S HOTEL**

**BENGUET.**